CRÓNICA DE UN ENCUENTRO LARGAMENTE ESPERADO (II)

[viene del número 27]

Jesús Campos García

legar al público (interesarlo, divertirlo, emocionarlo; en suma, conmoverlo) fue siempre el objetivo. Si el público es la sociedad o solo una parte de ella fue otra cuestión de máximo interés que se suscitó en el Encuentro; al igual que también se puso de manifiesto cómo el autor a través de sus obras viene a dar presencia en el escenario a los que no suelen frecuentar el patio de butacas. Y es que para nosotros el teatro representa a la sociedad, y la sociedad es su público, o al menos debería serlo. Cierto que hay autores que se dirigen a colectivos muy concretos, y que incluso lo hacen utilizando claves que solo pertenecen a unos pocos; aunque habría que preguntarse si este problema se origina en el teatro, en la sociedad en su conjunto, o tal vez en su clase dirigente.

El teatro que entendemos como herramienta de conocimiento (o como un buen modo de conocernos) ha sido con frecuencia utilizado como seña de identidad (o de distinción), con lo que esto conlleva de exclusivo y de excluyente. Aún hoy, cuando a nadie se le oculta esta evidencia, sigue habiendo discursos políticos que se adornan con promesas de un teatro para todos, que luego, al llevarse a la práctica, se concretan en espectáculos costosos a los que —por estrictas razones de aforo y de su breve permanencia en cartel— solo puede acceder el 0,1% de la población; un 0,1% que, casualmente, lo integran los más informados, los más acomodados, los más exclusivos; es decir, los de siempre.

Aun así, en el ánimo de nuestros autores (Valle, Lorca, Buero, Sastre, etc.) siempre estuvo presente la necesidad de inventar un nuevo público (de ampliarlo, de mejorarlo, de potenciarlo…), sin duda por ser conscientes de que sólo desde su transformación puede transformarse el teatro (por eso es fundamental que los más jóvenes se habitúen a utilizar las claves de la comunicación teatral, una cuestión que se consideró necesario tratar más ampliamente en futuras jornadas), y transformarlo avanzando en una dirección concreta: la de expresar a la sociedad en su conjunto ante la sociedad igualmente en su conjunto.

Animados por este propósito y tratando de dotarnos de mecanismos que nos ayuden a llevarlo a la práctica, a modo de cierre de estas y de otras muchas cuestiones que se suscitaron en el Congreso, dimos en redactar las siguientes

«CONCLUSIONES

Los autores de teatro, reunidos en el "III Congreso nacional", celebrado en Soria, reafirman su compromiso con la sociedad española. Para este fin consideran imprescindible el interés y el apoyo de las instituciones de la cultura del país para la difusión de su obra. Este apoyo debe concretarse en los siguientes puntos:

»1) Producción de obras de autores españoles vivos en los centros dramáticos públicos y semipúblicos.

»2) Primar a las compañías que produzcan obras de autores españoles vivos con mayor ayuda.

»3) Reservar espacios escénicos de titularidad pública para la programación de nuestros autores.

»4) Establecer una "cuota de escenario" en los teatros públicos de exhibición y de todos aquellos que reciban ayuda de instituciones públicas.

»5) Compromiso de las instituciones públicas, especialmente del Ministerio de Cultura y el de Asuntos Exteriores por medio del Instituto Cervantes y la Agencia Española de Cooperación Internacional para difundir la obra de autores de españoles vivos en el extranjero; equiparándola, al menos, con la que se lleva a cabo con otros sectores creadores del país.

»6) Apoyo a la publicación de estas obras, porque el teatro también se lee.

»7) Potenciar las relaciones con el Centro de Documentación Teatral (INAEM), SGAE-Fundación Autor, Red Española de Teatros, Auditorios, Circuitos y Festivales de Titularidad Pública, Red de Teatros Alternativos y la Federación Estatal de Asociaciones de Empresas de Teatro y Danza para difundir la obra de los autores españoles vivos.

»En Soria, a uno de mayo de dos mil seis».

Conclusiones redactadas a la orilla del Duero que, por otra parte, bien hubieran podido servir para cerrar los congresos que en 1991 y 1995 celebramos a la orilla del Urumea y del Tormes, respectivamente. Como mucho me temo que igualmente podrán continuar vigentes en los congresos que algún día celebraremos junto al Ebro, al Miño o al Guadalquivir; que mientras nos queden ríos, y aunque sigamos con el agua al cuello, ahí estaremos, hablando alto y claro; que en definitiva ese es nuestro oficio. Y lo haremos hasta que nos oigan aquellos cuyo trabajo, al parecer, consiste en mirar para otro lado. ■